



LIBERTAD Y DESARROLLO

SERIE INFORME **ECONÓMICO**

# Mercados Libres, Moralidad y la Civilización de la Libertad

Samuel Gregg

SERIE  
INFORME  
ECONÓMICO  
ISSN 0717 - 1536

Mayo 2017

265

## **SAMUEL GREGG**

es Director de Investigación de Acton Institute.  
Máster en Filosofía Política de la Universidad  
de Melbourne y Doctor en Filosofía y Economía  
Política de la Universidad de Oxford.

# CONTENIDOS

RESUMEN EJECUTIVO **05**

MERCADOS LIBRES, MORALIDAD  
Y LA CIVILIZACIÓN DE LA LIBERTAD **06**

FREE MARKETS, MORALITY,  
AND THE CIVILIZATION OF  
NATURAL LIBERTY **10**



# *Resumen Ejecutivo*

**C**on motivo de la celebración de los 27 años de Libertad y Desarrollo, Samuel Gregg, Director de Investigación de Acton Institute fue invitado a exponer sobre la moral del capitalismo, texto que reproducimos en la presente Serie de Informe.

Gregg asegura que actualmente, y cada vez con mayor fuerza, están surgiendo movimientos que buscan disminuir la libertad aumentando la presencia del Estado en todo ámbito de cosas. Justicia, solidaridad y ciudadanos son palabras que cada vez suenan más en estos grupos, tratando de usarlas como argumentos morales para justificar esta mayor demanda por un Estado grande.

Citando a Michael Novak y a Adam Smith, el experto analiza cómo hoy podemos defender con fuerza las ideas de la libertad económica.

La Serie Informe se presenta en dos partes: la primera, traducida al español y la segunda, el texto original en inglés.

# MERCADOS LIBRES, MORALIDAD Y LA CIVILIZACIÓN DE LA LIBERTAD

**E**stoy muy contento de estar nuevamente en Chile luego de 17 años desde mi primera visita. Gracias a todos por estar aquí hoy y apoyar a Libertad y Desarrollo, esta gran organización que trabaja dedicadamente en Chile y Latinoamérica para promover una sociedad libre y responsable. Siempre he admirado su trabajo y a su gente. Ellos entienden que la libertad y la responsabilidad deben ir juntas: no hay responsabilidad sin libertad, no hay libertad sin responsabilidad; y sólo a través de la libertad y la responsabilidad podemos alcanzar el verdadero desarrollo.

Una razón por la que Libertad y Desarrollo es tan necesaria actualmente es porque vivimos en tiempos en que los movimientos que quieren promover una visión diferente de la sociedad y del desarrollo, están en marcha virtualmente en todos los países del mundo. Desde Latinoamérica hasta Norteamérica y Europa, incluso en mi lejana Australia natal, están ganando fuerza numerosos grupos que quieren disminuir la libertad, y que quieren que el Estado se haga cargo de cada vez más aspectos de nuestras vidas. Algunos de ellos son populistas, como aquellos que han llevado a la otrora orgullosa Venezuela a ponerse de rodillas, otros son social demócratas. No proponen una revolución, pero trabajan día tras día, semana tras semana, año tras año, para lentamente esparcir la mano muerta de la burocracia en la sociedad. Su meta es lo que el gran filósofo francés de la libertad, Alexis de Tocqueville, llamó "el suave despotismo": una sociedad donde los ciudadanos renuncian a su libertad a cambio de la ilusión de la seguridad perpetua a través del Estado.

Lo que es común a todos estos grupos es que ellos no afirman explícitamente estar aumentando el rol del Estado en nuestras vidas en nombre de una mayor efectividad económica. ¡No! Ellos son muy cuidadosos en justificar

sus programas apelando a palabras como "justicia", "solidaridad", "ciudadanos". Es decir, no tienen miedo a usar argumentos morales.

Esto ha sido siempre así. Como todos saben, el 2017 se cumplen 100 años de la Revolución Bolchevique: una revolución que llevó a la instauración de un régimen criminal en Rusia; una revolución que apeló a una ideología criminal para justificar moralmente la esclavitud, el encarcelamiento y la muerte de millones de hombres, mujeres y niños.

A pesar de todos esos horrores y muertes -muchas de las cuales fueron ordenadas personalmente- los bolcheviques como Lenin y Stalin, y sus padrinos intelectuales Marx y Engels, estaban totalmente convencidos que lo que estaban haciendo era moralmente correcto. Y muchas, muchas personas estaban de acuerdo con ellos.

100 años después, los opositores de la libertad no han cambiado. Ellos saben que si quieren persuadir a las personas con determinadas políticas, no pueden confiar en simples argumentos por ejemplo, económicos. Esto, porque los populistas no funcionan con políticas social demócratas y eso es un gran problema. Además, porque los populistas y los social demócratas han reconocido -paradójicamente- que no sólo de pan vive el hombre. Somos más que sólo productores y consumidores. Somos por naturaleza, y yo creo que por diseño divino, las únicas criaturas en el mundo capaces de conocer la verdad sobre el bien y el mal. Poseemos la cualidad del libre albedrío que nos permite actuar moral o inmalmente.

¿Cómo sabemos que los opositores de la libertad, en su propio extraño modo, entienden esta verdad? Bueno, irónicamente lo sabemos tomando en cuenta lo que

nosotros -la no izquierda- hemos sido buenos generalmente haciendo, y en lo que actualmente no hemos sido tan buenos.

Como concederán muchos de nuestros oponentes, somos muy buenos desarrollando políticas que transforman positivamente la vida de las personas. Somos muy buenos, de hecho somos excepcionales desarrollando políticas, muchas de ellas gracias a las personas y organizaciones que están representadas acá.

Pero creo que es difícil rebatir que, al menos hoy, algunos conservadores, liberales clásicos y defensores del libre mercado tienen dificultad para articular estas políticas en una visión de lo bueno que vaya más allá de la eficiencia y eficacia.

Debemos y podemos enfurecernos por la brecha entre la retórica idealista de los populistas y social demócratas, y los desastrosos efectos de sus políticas. Pero expresar nuestra frustración no resuelve el problema; ni siquiera es un problema nuevo. En su libro "La Gran Persuasión", el historiador Angus Burgin argumenta que en Occidente desde fines de los 50, los esfuerzos de ciertos grupos que tenían fundados argumentos morales a favor de los mercados y la libertad fueron gradualmente suplantados por "un incesante énfasis en la eficiencia superior del *laissez-faire*"<sup>1</sup>.

Hay un problema práctico con imaginar que los aspectos morales son irremediamente subjetivos y por ende, sin solución. Así, mientras muchos pueden estar de acuerdo, por ejemplo, con que el libre mercado es más eficiente que otros sistemas económicos, no están convencidos o no han sido persuadidos de la moralidad de la libertad económica y de un gobierno limitado.

Si esto es cierto, entonces debemos rediseñar las formas en que resistimos a la locura intoxicante del populismo, a los señuelos de la social democracia o incluso, a la maldad del resurgimiento neomarxista. Debemos seguir trabajando para desarrollar buenas políticas y cambiar las malas. Pero si queremos resistir a quienes nos llevan al populismo o a la social democracia, todos nosotros necesitamos promover

constante y enfáticamente la moralidad de la libertad económica y de una sociedad libre en términos amplios.

Esta noche no pretendo delinear una alternativa detallada capaz de replicar el gran éxito de los populistas y los social demócratas que utilizan el lenguaje de la justicia y la solidaridad para ganar corazones y corromper mentes. Sin embargo, sí quiero hacer una sugerencia. Para que podamos retomar la autoridad moral es necesario volver a los grandes pensadores que no temían en argumentar con fuerza los lineamientos morales y filosóficos de la libertad económica y de una sociedad libre; aquellos que pensaron seriamente sobre las bases de la libertad y sus propósitos.

Hay dos personas sobre las que me gustaría reflexionar. Dos hombres que nos proveyeron de un modelo de cómo actuar en esta área.

El primero es alguien conocido, tal vez personalmente, por muchos de ustedes. Estoy hablando de alguien que murió hace solo un mes: el teólogo y filósofo de la libertad, mi amigo, Michael Novak.

Michael Novak, durante la primera parte de su vida fue un hombre de izquierda. Como muchos de su generación y entorno social, Novak tuvo una mirada social demócrata y una visión negativa respecto del capitalismo.

Las ideas filosóficas y teológicas de Novak empezaron a cambiar en los años 70. Gradualmente se convenció que la economía de mercado era el sistema económico correcto para todos. No llegó a estas convicciones sencillamente porque observó que el capitalismo es el sistema económico más exitoso en reducir la pobreza y crear bienestar, sino que se convenció que la economía de mercado era el sistema más idóneo para promover el desarrollo humano integral, o más simple, la prosperidad humana.

Todo esto es explicado en su obra maestra "El espíritu del capitalismo democrático". Publicado en 1982, fue el primer libro escrito por un teólogo que quería hacer una defensa moral y cultural de la economía de mercado. Este año se celebra su aniversario número 35 y sus fortalezas perduran. Estas incluyen, primero, una mente cristiana que

<sup>1</sup> La frase *laissez faire, laissez passer* es una expresión francesa que significa «dejen hacer, dejen pasar», refiriéndose a una completa libertad en la economía: libre mercado, libre manufactura, bajos o nulos impuestos, libre mercado laboral y mínima intervención de los gobiernos. Fue usada por primera vez por Vincent de Gournay, fisiócrata del siglo XVIII, contra el

intervencionismo del gobierno en la economía. En la segunda mitad del siglo XVIII, al calor de la Revolución Industrial inglesa, Adam Smith desempeñó un papel muy importante en la popularización de las teorías económicas del *laissez-faire*, siendo considerado el padre de las teorías de libre mercado o librecambismo.

toma en serio las reflexiones económicas de Adam Smith; segundo, la insistencia en que los mercados deben estar basados en una moral particular e instituciones políticas y legales; tercero, llama la atención sobre cómo la realidad del pecado nos inoculará contra la utopía económica; y especialmente, es un esfuerzo constante por entregar al capitalismo democrático una visión de Dios, y por tanto, dota a la economía de mercado de un genuino significado teológico y de profundidad moral.

Tal vez el efecto más significativo del libro de Novak fue sobre miles de líderes de negocios y empresarios alrededor del mundo, incluido Chile. Él puso en palabras algo que ellos sabían instintivamente: que su trabajo diario no es simplemente un mal necesario, sino que los negocios pueden ser entendidos como un llamado de Dios que permite a las personas comprometidas transformar el mundo y a sí mismas en dirección al bien. En resumen, no es sólo que el libre mercado disminuya la pobreza, sino que para Novak era posible encontrar una chispa divina en la actividad misma de los negocios.

El segundo pensador que nos entrega una guía sobre cómo hacer una defensa de la libre economía es aquel con quien todo comenzó: el filósofo escocés Adam Smith.

La mayoría recuerda a Adam Smith como el autor de "La riqueza de las naciones". Literalmente este libro revolucionó la forma en que la mayoría del mundo había pensado la economía, pero no debemos olvidar que Smith nunca se pensó a sí mismo como un economista. De todos sus escritos, el que Smith prefería era el que escribió sobre filosofía moral: "Teoría de los Sentimientos Morales".

Aparte de economía, Smith escribió de muchos temas. Esto incluyó filosofía legal, retórica e historia de las ideas. Por un lado, Smith estudiaba estas materias como un científico que intenta describir la naturaleza de las cosas y su funcionamiento. Por otro, los escritos de Smith eran una empresa moral, pues no sólo estaba comprometido en un ejercicio sociológico. En sus textos, hay una palabra que aparece una y otra vez: superación. Hoy los filósofos sabrán que esa palabra fue central en el gran esfuerzo que llamamos Ilustración Escocesa. Igual que otros pensadores de ese tiempo, Adam Smith quería mejorar, transformar la sociedad europea para que estuviese caracterizada por la libertad, por el Estado de Derecho, por un desarrollo humano integral, y no por la servidumbre, privilegios y gobiernos arbitrarios.

Recuerden: el desafío de Smith al sistema mercantilista que dominaba el siglo XVIII era un desafío económico. Smith sabía que el mercantilismo restringía y obstruía el crecimiento económico, y condenaba a millones de personas a la pobreza y la explotación. Pero el reto de Smith también era un desafío moral, pues creía que el mercantilismo era ineficiente y además, era algo erróneo. El mercantilismo significaba que necesitabas conexiones políticas para volverte rico, imponía fuertes límites en la libertad económica y desincentivaba la creatividad humana. Sobre todo, Smith desafiaba al mercantilismo porque era un sistema que arraigaba el privilegio y reprimía la libertad.

La revolución producida por Adam Smith no fue simplemente una revolución económica. También fue un llamado a una profunda transformación política de la sociedad y de la forma moral en que las personas pensaban sobre sí mismas. De hecho, Smith tenía un nombre para la sociedad que quería promover: "la civilización de la libertad natural".

Pensemos sobre esa palabra: civilización. No es una palabra de moda, más aún, hoy es políticamente incorrecta, pero seamos claros: los actuales políticos populistas, intelectuales neomarxistas, o burócratas social demócratas quieren crear una sociedad muy diferente a una que valora la libertad y la responsabilidad. Lean sus libros. Escuchen sus palabras. Nunca han escondido su ambición por crear una sociedad nueva, incluso un hombre nuevo. Quieren crear un mundo completamente diferente a la civilización que nació de la síntesis de Atenas, Jerusalén y Roma, que era una civilización caracterizada por un profundo vínculo entre la libertad y la verdad.

Si los que promovemos la libertad económica, la sociedad libre y la civilización de la libertad natural queremos ganar la batalla de las ideas en la que estamos inmersos, debemos tener argumentos tanto morales como económicos; deben ser de principios y de políticas.

Esa fue la genialidad de los mejores pensadores del libre mercado: hombres como Adam Smith y Michael Novak. Ellos integraron la buena economía con la buena filosofía. Sí, hablaron sobre eficiencia, pero también hablaron de lo que estaba bien.

Esto no se refiere sólo a tácticas inteligentes en lo que será una incesante batalla con aquellos que ponen la fe en una planificación vertical, en el Estado benefactor, en



el proteccionismo y en el populismo irracional. ¿Por qué? Porque la moralidad es parte de la verdad sobre la realidad, así como también la oferta y la demanda.

Los más perspicaces defensores del libre mercado, desde Smith a Novak, siempre han entendido esto. Ellos creían en un mundo donde el gobierno era limitado, la economía era libre y la sociedad estaba caracterizada por una rica vida mancomunada. Pero fundamentalmente, ellos tenían una idea del mundo no obsesionada utópicamente con la igualdad, sino de una civilización de ciudadanos libres y virtuosos.

Esta verdad sobre los seres humanos -que básicamente fuimos hechos libres, responsables y capaces de poseer grandeza moral- debe ser central en nuestro mensaje sobre la libertad económica y la sociedad libre. La meta de ello es la prosperidad, la libertad, la virtud, la verdad y la prosperidad humana. No la pobreza, la servidumbre, el vicio, el error y aún menos, la mediocridad.

Mi sugerencia es que constantemente planteemos y expliquemos estos principios. Con ello lograremos romper el hechizo de los opositores a la libertad. Es una forma de demostrar que el tipo de sociedad fomentada por el populismo y la social democracia no es sólo insostenible económicamente, sino que también es profundamente deshumanizadora. Porque la servidumbre económica y política, ya sea suave o fuerte, es indigna para nosotros como criaturas porque no estamos hechos para la esclavitud. Somos personas hechas, yo creo que por Dios, para la libertad y para la libertad de conocer y escoger la verdad que nos hace libres.

Pero si hay algo que aprender de la insistencia de los populistas y social demócratas sobre que son ellos quienes se preocupan de lo que está bien y lo que está mal, es que un compromiso sostenido con una visión moral -por imperfecta que sea-, tiende a ganar. Sí podemos y debemos continuar discutiendo y ganar la batalla de las políticas. A menos que nosotros hagamos una inversión a largo plazo en persuadir a las personas sobre la verdad y la justicia de nuestra causa, temo por el futuro de la sociedad libre. Como escribió el gran amigo de Adam Smith, Edmund Burke: "lo único necesario para que triunfe el mal es que las personas buenas no hagan nada". No seamos nosotros los que eludamos este desafío. En cambio, aceptémoslo y permitámonos pensar en siglos, para que prevalezca la civilización de la libertad natural.

# FREE MARKETS, MORALITY, AND THE CIVILIZATION OF NATURAL LIBERTY

I am very happy to be in Chile again, 17 years after my first visit. And thank you to all of you for being here tonight and supporting this wonderful organization, Libertad y Desarrollo, which does so much work in Chile and Latin America to promote a society of freedom and responsibility. I have always admired its work and its people. They understand that freedom and responsibility must go together: that there is no responsibility without freedom; that there is no freedom without responsibility; and that only through freedom and responsibility can we achieve true development.

And one reason why Libertad y Desarrollo remains so necessary today is that we now live in a time in which those movements that want to promote a very different vision of society, a very different vision of development, are on the march in virtually every country in the world. From Latin America, to North America, to Europe, to as far away as my native Australia, numerous groups who want to diminish freedom, who want the state to take over more and more of our lives are gaining strength. Some of them are populists: the people who have brought the once proud nation of Venezuela to its knees. Some of them are social democrats. They do not propose revolution, but they do work day after day, week after week, year after year, to slowly spread the dead hand of bureaucracy throughout society. Their goal is what the great French philosopher of freedom, Alexis de Tocqueville, called “soft despotism”: a society in which citizens give up their freedom in return for the illusion of perpetual security through the state.

But what’s common to all these groups is that they don’t primarily claim to be increasing the state’s role in our lives in the name of greater economic effectiveness. No! They are very careful to justify their programs by appealing to words like “justice,” words like “solidarity,” words like “the

people.” In other words, they are not afraid to make moral arguments.

And thus it has always been. As you all know, this year 2017 marks the 100th anniversary of the Bolshevik Revolution: a revolution that led to the establishment in Russia of a criminal regime; a revolution that appealed to a criminal ideology to morally justify the enslavement, imprisonment and death of millions of men, women, and children.

Despite all these horrors, all these deaths -many of which they personally ordered- Bolsheviks like Lenin and Stalin, and their intellectual godfathers Marx and Engels, were absolutely convinced that they were morally right in doing what they did. And many, many people agree with them.

100 years later, the opponents of freedom have not changed. They know that if you want to persuade people to support particular policies, you cannot simply rely on appeals, for example, to economic arguments. Now, that’s partly because populist and social democratic policies do not work. That’s a rather major problem. But it’s also because populists and social democrats have, paradoxically enough, recognized that man does not live by bread alone. That we are more than just producers and consumers. That we are by nature and, I believe, by God’s design, the only creatures in this world capable of knowing the truth about good and evil. That we alone possess the quality of free will that allows us to act morally or immorally. How do we know that the opponents of liberty, in their own strange way, understand this truth? Well, ironically enough, we know this by considering what we—the “non-left”—are generally good at doing, and what we presently seem to be not-so-good at doing. We are, as many of our opponents will concede, very good at developing policies that positively transform people’s lives. Thanks to many of the people and

organizations represented here tonight, we are very, very good -in fact, we are exceptional- at developing policy.

But I think that it's difficult to dispute that, at least today, some conservatives, some classical liberals, and some free marketers struggle to articulate these policies within a vision of the good that goes beyond efficiency and effectiveness.

Now we can and do rage against the gap between the lofty rhetoric of populists and social democrats and the disastrous effects of their policies. But expressing our frustration doesn't solve the problem. It's not even a new problem. In his book *The Great Persuasion*, the historian Angus Burgin argues that from the late-1950s onwards, efforts within Western free market circles to make strong moral arguments in favor of free markets and liberty were gradually supplanted by, quote, "a relentless emphasis on the superior efficiency of *laissez-faire*." Endquote.

And there's a very practical problem with imagining that moral questions are somehow hopelessly subjective and therefore unresolvable. The problem is that while many people might agree, for example, that free markets are more efficient than other economic systems, the same people remained unconvinced and unpersuaded of the moral case for economic liberty and limited government. If this is true, then we need to radically re-shape the ways in which we resist the intoxicating madness of populism, or the lures of social democracy, or even the evil of resurgent neo-Marxism. Yes, we must continue to work to develop good policies and to change bad policies. But if we want to resist efforts to take us towards populism or social democracy, all of us need to promote the moral case for the free economy and the free society more comprehensively, more seriously, and in a sustained manner.

Tonight, I don't propose to outline a detailed alternative capable of replicating the immense success of populists and social democrats at using the language of justice, of solidarity, to win hearts and corrupt minds. I do, however, want to make one suggestion. Which is this: that one way for us to begin retaking the moral high ground is to return to some of the great thinkers who were not afraid to make strong moral and philosophical arguments for the free economy and society: to people who thought seriously about the foundations of freedom, and the purposes of freedom.

There are two individuals that I would like to reflect upon

tonight: two men who provide us with a model of how to act in this area.

The first is someone who was known, perhaps personally, by many of you here this evening. I am speaking, of course, of someone who died only one month ago: the theologian and philosopher of liberty, my friend, Michael Novak.

Michael Novak, as some of you know, was a man of the left for the first part of his life. Like many people of his generation and social background, Novak held social democratic views and deeply negative views of capitalism. Novak's philosophical and theological ideas began to change in the 1970s. Gradually, Novak came to be convinced that the market economy was the right form of economic system for all peoples. He arrived at this belief not simply because he observed that capitalism is the most successful of economic systems at reducing poverty and creating wealth. Novak was also convinced that the market economy was the economic system most likely to promote all-round integral human development or, more simply, human flourishing.

All this is explained in Novak's magnum opus, *The Spirit of Democratic Capitalism*: a book which, I suspect, influenced the thinking of some people here tonight. Published in 1982, this book was by the first book written by a theologian who wanted to make a strong moral and cultural case for the market economy. *The Spirit of Democratic Capitalism* celebrates its 35th anniversary this year. And the strengths of that book endure. These strengths include, first, a Christian mind that takes seriously Adam Smith's economic insights; second, the insistence that markets must be grounded upon particular moral, political, and legal institutions; third, an attention to how the reality of sin should inoculate us against economic utopianism; and, perhaps above all, a sustained effort to locate democratic capitalism within a vision of God, thereby giving the market economy genuine theological meaning and profound moral depth.

But perhaps the most significant effect of Novak's book was upon thousands of business leaders and entrepreneurs throughout the world, including here in Chile. For Novak put into words something business leaders instinctively know: that their daily work is not a mere necessary evil; that business can be understood as a calling from God that allows people engaged in transforming the world to simultaneously transform themselves in the direction of

the good. In short, it wasn't just that free markets diminish poverty. For Novak, it was possible to find a spark of the Divine in the very activity of business itself.

The second thinker who I believe provides us with guidance about how to make a case for the free economy is the man with whom it all began: the Scottish philosopher Adam Smith.

Most people today remember Adam Smith as the author of the *Wealth of Nations*. This book literally revolutionized the way that most of the world had thought about the economy. But we should not forget that Smith never thought of himself as an economist. Of all his writings, Smith most preferred the book that he wrote on moral philosophy: his *Theory of Moral Sentiments*.

Smith wrote on many subjects besides economics. These included legal philosophy, rhetoric, and the history of ideas. On the one hand, Smith studied these subjects as a social scientist: as one who tries to describe the nature of things and how they work.

On the other hand, Smith was not simply engaged in a sociological exercise. Smith's writings were also a moral enterprise—yes, a moral enterprise. Throughout his writings, there is one word that appears over and over again: that word is “improvement.” The philosophers among you here tonight will know that this word “improvement” was central to that great endeavor we call the Scottish Enlightenment. Like many other Scottish Enlightenment thinkers, Adam Smith wanted to improve, to transform European societies so that they were characterized by freedom, by rule of law, by integral human development, and not by servitude, not by privilege, and not by arbitrary government.

Remember: Smith's challenge to the mercantilist system that dominated the eighteenth century was certainly an economic challenge. Mercantilism, Smith knew, restricted and obstructed economic growth. And it consigned millions of people to poverty and exploitation. But Smith's challenge to mercantilism was also a moral challenge. Smith certainly believed that mercantilism was inefficient. But he also believed mercantilism was wrong. Mercantilism meant that you needed political connections to become wealthy. Mercantilism also imposed strong limits on economic liberty and actively discouraged human creativity. Above all, Smith challenged mercantilism because it was a system that entrenched privilege and repressed freedom.

The revolution unleashed by Adam Smith wasn't simply

an economic revolution. It was also a call for a profound political transformation of society, and a call for a profound moral transformation in the way that people thought about themselves. In fact, Smith had a name for the society he wanted to promote. He called this society “the civilization of natural liberty.”

Think about that word: “Civilization.” That is a very unfashionable word, a very politically incorrect word today. But let's be clear: Today's populist politicians, neo-Marxist intellectuals, or social democratic bureaucrats—they want to create a very different society to a society that values freedom and responsibility. Read their books. Listen to their words. They have never hidden their ambition to create a new society, even a new man. They want to create a very different world compared to the civilization that was born of the synthesis of Athens, Jerusalem, and Rome: a civilization characterized by a deep and profound link between freedom on the one hand, and truth on the other.

And that, ladies and gentlemen, is my message to you this tonight. If those of us who are in the business of promoting the free economy, of promoting the free society, of promoting the civilization of natural liberty, if we want to win the battle of ideas raging around us, our arguments must be as much moral as they are economic; our arguments must be as much about principle as they are about policy. That was the genius of some of the best free market thinkers: men like Adam Smith, men like Michael Novak. They integrated good economics with good philosophy. Yes, they spoke about efficiency, but they also spoke about what is right.

This isn't simply a matter of clever tactics in what will be a ceaseless battle with those who put their faith in top-down planning, in the welfare state, in protectionism, in mindless populism. Why? Because morality is as much part of the truth about reality as supply and demand.

The most insightful defenders of the free market, ranging from Smith to Novak, have always understood this. They believed in a world in which government was limited, the economy was free, and society was characterized by a rich associational life. But more fundamentally theirs was an idea of a world not as a utopia obsessed with equality: but rather as a civilization of free and virtuous citizens.

This truth about human beings—that we are indeed made free, that we are responsible, and that we are capable of

moral greatness- needs to be central to our message about the free economy and the free society: the goal of which is prosperity, liberty, virtue, truth, and human flourishing: not poverty, not serfdom, not vice, not error, and certainly not mediocrity.

My suggestion to you tonight is that if we consistently state and explain these principles, we can and will break the spell cast by the opponents of freedom over so many people today. It's a way of making the point that the type of societies fostered by populism and social democracy aren't just economically unsustainable. They are also deeply dehumanizing. Because economic and political serfdom, whether it is soft serfdom or it is hard serfdom, is unworthy of us as creatures who are not made for slavery. No! We are people who are made, I believe by God, for freedom, and for the liberty to know and choose the truth that sets us free.

For if there's anything to be learned from the unyielding insistence of populists and social democrats that they are the ones who care about what is right and just, it is that sustained commitment to a moral vision, however flawed, tends to win. Yes, we can and we must continue to argue and win the policy-battles. Unless, however, more of us make a long-term investment in persuading people of the rightness and the justice of our cause, I fear for the future of the free society. As Adam Smith's great friend, Edmund Burke once wrote, quote, "The only thing necessary for the triumph of evil is for good men to do nothing." Let us not be the ones who shirk this challenge. Instead let us embrace it. Let us dare to think in centuries so that the civilization of natural liberty does prevail. Thank you.

